



SANGRE
DE HADA

NATALIA HATT

SANGRE DE HADA

SANGRE ENAMORADA #2

NATALIA HATT



autopublicARTE

Sangre de hada: Sangre enamorada #2

© 2013 Natalia Hatt

© 2020 Autopublicarte

Hatt, Natalia

Sangre de hada : sangre enamorada #2 / Natalia Hatt. - 1a ed. - Crespo : Autopublicarte, 2020.

Libro digital, EPUB - (Saga Sangre enamorada ; 2)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8332-19-2

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Vampiros. I. Título.

CDD A863.9283

Todos los derechos reservados.

TABLA DE CONTENIDOS

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[¡No te pierdas la continuación de la saga!](#)

[Sobre la autora](#)

Para mis lectores de Wattpad.

*Puede que muchos me piensen una loca
si por él hago las cosas que hago,
si por él me arriesgo toda,
si por él doy mi sangre sin dudar.
Es que sin él nada soy.
No me importa ser reina,
no me importa ser nada si no lo tengo junto a mí.
Y aunque él sea peligroso para mí,
mi sangre no dudaré en sacrificar
con tal de tenerlo a mi lado.
Daría lo que fuera, y daría, toda, todita
mi sangre de hada enamorada..*

CAPÍTULO 1

Sobre una verde colina, siguiendo un sendero de pequeñas y resplandecientes piedrecitas celestes, se encontraba un monumental castillo de cristal pulido, que brillaba intensamente reflejando el color violeta del cielo, enviando haces de luz hacia el infinito. Fuera del castillo, un grupo de niñas hadas jugaban a las escondidas mientras que, en una habitación en su interior, Alejandra y Lilum hablaban de importantes asuntos, al tiempo que jugaban a la generala, dejando los dados caer en una mesa tan transparente y pulida como las gruesas paredes del palacio.

—¿Reina, yo?! —exclamó Alejandra. No podía creer que, después de lo que había hecho en contra de las hadas, aún quisieran tenerla como su soberana.

—Sí —respondió Lilum con seriedad—. Realmente no tienes otra opción. Eres la primera en la línea de sangre, los guardianes lo han ordenado, y todo nuestro pueblo quiere que seas reina. No te puedes negar.

—No creo que pueda hacerlo bien —replicó Alejandra, un poco nerviosa. Realmente no creía que podría y ya no sabía qué más excusas ponerle a Lilum; había estado inventando una tras otra desde que se había despertado en ese lugar.

—Sí, podrás —replicó la pelirroja—. Juliann y yo te ayudaremos en todo durante los primeros tiempos. No tienes de qué preocuparte. Serás buena como gobernante, estoy segura.

Alejandra no conocía bien a Juliann todavía, pero le infundía bastante confianza. Él resultaba ser el sobrino del consorte de la reina Anja —a quien ella, para poder conseguir su consentimiento para quedar embarazada de un humano, le había prometido que su heredera se casaría con su sobrino, para así garantizar que su sangre siguiera

gobernando—. Las hadas solo tenían soberanas mujeres por lo que, si Anja no concebía una niña, la heredera sería la hija de su hermana, Lilum, quien ya había nacido. Pero Alejandra aún no sabía nada de esto. Las hadas querían que se recuperase antes de hablarle sobre este compromiso preacordado. Sabían que ella pondría el grito en el cielo ni bien se le informase de ese asunto.

La princesa heredera no había tenido un minuto a solas desde que había vuelto a la vida. Todos querían asegurarse de que estaría bien, de que no cometería ninguna locura. Hacía lo posible para aparentar un estado de normalidad y paz mental, pero no podía dejar de pensar en Nikolav y en cuál sería su destino. Lilum le había asegurado que él tendría un juicio justo y que se las llamaría a testificar antes de que se tomara una decisión, lo cual la tranquilizaba un poco, aunque no lo suficiente.

El tiempo en los planos superiores, empezando por el de las hadas, no corría de la misma manera lineal que en los planos inferiores, comenzando por el plano humano que era en realidad el plano medio. Por esto, según Lilum aseguraba, no había de qué preocuparse todavía, y tendrían tiempo para recuperarse antes de testificar en el juicio de Nikolav.

No había pasado mucho desde que Alejandra había llegado a su nuevo hogar, pero no podía medir el tiempo con exactitud ya que no existían ni los días ni las noches en ese plano. Y si bien había algunos lugares más claros y otros más oscuros, especialmente en el bosque, no había sol. El cielo siempre se veía violeta y plagado de luminosas estrellas que parpadeaban constantemente, y dos lunas, las cuales tenían ciclos diferentes. Tal vez mirando a las lunas podría darse cuenta del paso de los días, pero ella aún no entendía cómo estas se movían por el cielo.

Las hadas no necesitaban dormir mientras estaban en su mundo ya que contaban con una fuente constante de

energía proveniente del lago ubicado en el centro de este plano, pero lo hacían cuando tenían ganas de soñar, cosa que a la mayoría le encantaba. Pasaban la mayor parte del tiempo bailando y divirtiéndose en grupo; incluso ahora, por más que recién estuvieran superando la muerte de Muriz y de otras valientes hadas que habían fallecido en batalla. La mayoría de las difuntas ascendería y se convertiría en ángeles, lo cual para ellas era motivo de celebración, en vez de tristeza.

Alejandra era ahora hada por completo, no tenía ni una pizca de sangre vampira ni humana, y su figura se había amoldado a la de estas, habiéndole crecido ya las orejas puntiagudas, que las diferenciaban de otras especies. Pero, dado que se había criado entre humanos, ahora debía amoldarse a su nueva forma de vida cual hada, a la cultura y costumbres de su especie. Los recuerdos de su existencia como humana, y luego como híbrida, seguían vivos en su mente, así como también mantenía su acento argentino al hablar, y las demás hadas la entendían porque sus mentes descodificaban ese idioma, aunque Lilum le insistía que intentara emplear el idioma de las hadas con mayor frecuencia, que eso le ayudaría a adaptarse más rápido.

No había crecido en ese lugar, y si bien lo adoraba y le daba una gran sensación de paz en su interior, no tenía el mismo significado para ella que para todos sus demás habitantes, sobre los cuales ella ahora reinaría. ¿Podría cumplir con semejante responsabilidad? Posiblemente no, tal vez haría desastres, como lo había hecho en el mundo de los vampiros. Pero era su sangre y su destino, del cual no podía escapar.

—Está bien —contestó Alejandra finalmente, resignándose a ser la flamante reina, esperando que su nueva posición la pusiera en ventaja para liberar a Nikolav de su oscura prisión o, al menos, para conseguir para él el

castigo menos severo posible y para ella la oportunidad de seguir viéndolo.

En una de esas podría hacer mucho por él si era la reina. No podía siquiera pensar en la idea de que tal vez no lo vería más; sabía que toda la belleza de su nuevo mundo sería insignificante sin él a su lado, o sin él en un lugar donde estuviera bien y ella pudiera visitarlo con frecuencia, si es que él no podía quedarse consigo en el mundo de las hadas.

—¡Fantástico! —contestó Lilum con mucha felicidad y se puso de pie, dejando caer el vaso con los dados que habían estado usando para jugar— ¡Iniciaré los preparativos para la coronación!

Salió corriendo de la habitación del palacio de cristal, dejando a su prima sola por primera vez en ese lugar, y esta sabía con exactitud lo que debía hacer ahora que tenía la oportunidad. Rápidamente, se puso de pie y salió de la habitación donde se encontraba para dirigirse al cuarto de arte. Allí se sentó en una banqueta con un lienzo al frente, tomó un pincel en una mano, una paleta llena de óleos en la otra, y comenzó a pintar. Poco a poco, la figura de Nikolav tal cual ella lo había visto por última vez comenzó a formarse sobre el lienzo. Se lo imaginaba en un sitio oscuro, por lo cual pintó de negro todo el fondo. No tenía muchos detalles del lugar donde iría, pero esperaba que eso funcionara. Quería verlo con todas las fuerzas de su corazón.

Un rato más tarde, había finalizado su cuadro y le sonreía al Nikolav de la imagen. Le había salido perfecto: el color de sus ojos era exactamente igual al de los de su amado; ese celeste tan pálido y tan frío... su cabello negro cayéndole hasta el hombro, su piel pálida y sus labios carnosos. Alejandra hubiera podido besar su cuadro en ese momento. Pero no debía perder tiempo, Lilum ya no demoraría en volver.

Entonces caminó rápidamente hasta su recámara, el único lugar del palacio que le pertenecía solamente a ella, ya que este era de uso comunitario y cientos de hadas lo recorrían constantemente y utilizaban sus habitaciones para cientos de actividades diferentes. El castillo de cristal era unas diez veces más grande que el de Nikolav y ella aún no lo había recorrido por completo. «Ya en algún momento lo haré», pensó, mientras ubicaba el cuadro sobre una pared para poder mirarlo fijamente.

Se sentó en un sofá lleno de flores, el cual se encontraba en medio de la enorme habitación, y se concentró en su obra, de la misma manera como lo había hecho las veces anteriores.

No funcionaba. Algo debía estar mal. Por más que miraba y miraba, no se transportaba a ninguna parte.

Se levantó del sofá enojada y comenzó a recorrer la habitación, tratando de pensar en otra cosa que pudiese hacer. No se daría por vencida con facilidad. Tal vez lo que le faltaba era detallar un poco más el lugar donde Nikolav se encontraba. Teorizó, sintiéndose desesperada, hasta que se le ocurrió una nueva idea. «Sí, la habitación de los espejos es el lugar donde debo ir», pensó. Salió de su habitación y subió hasta la parte superior del castillo, donde dicho cuarto se encontraba.

Había estado allí una sola vez, junto a Lilum, y había aprendido que los espejos servían para mirar dentro de otras dimensiones, para espiar donde y a quien ellas quisieran. Habían utilizado uno para ver el caos en el que se había convertido el oscuro mundo de los vampiros después de la batalla. El castillo de Nikolav estaba prácticamente en ruinas. Se había dicho que quien encontrase la llave de las demás dimensiones, se convertiría en rey, o reina. Pero la llave había desaparecido cuando el portal se había cerrado y, por más que los vampiros buscaran por todos lados, no podían encontrarla.

Esa dimensión era presa de una total anarquía. Después de cierto tiempo, los chupasangres se habían dividido en dos bandos: uno liderado por Zarahi, la vampira viuda de Siron, y otro por un vampiro llamado Karr, quien era uno de los más antiguos y poderosos de su especie que quedaban con vida. Karr era casi tan antiguo como Siron, y era hermano de sangre de este, pero el rey había confiado a Nikolav como su sucesor, ya que no se llevaba nada bien con su hermano. Nunca lo había hecho, y solo una promesa a su progenitora había mantenido a este con vida.

No habían mirado demasiado, pero era evidente que los vampiros necesitaban un líder con urgencia. Lilum no le dio importancia a todo el asunto ya que, según ella, no era problema para las hadas. Alejandra intentó restarle magnitud, aunque no dejaba de pensar en lo bien que Nikolav reinaría y pondría orden en su mundo. Sin embargo, él había perdido ese derecho y se había sacrificado por ella. ¿Qué le pasaría ahora? ¿Moriría? ¿Se lo dejaría encadenado de por vida? No tenía idea, pero temía perderlo para siempre.

El cuarto de los espejos estaba vacío, solamente ciertas hadas tenían permitido entrar allí. Alejandra podía, por ser la hija de Anja y la sucesora al trono, pero sabía que Lilum no le permitiría ir sola todavía; no hasta que ella considerase que era de fiar.

Los espejos estaban totalmente cubiertos con paños, como si dentro de ellos hubiera cosas que necesitaban ser ocultadas, quizás así era. Alejandra eligió uno de ellos y lo descubrió. A simple vista, este era un espejo normal, pero ese simple objeto le permitiría ver lo que ella quisiera, como si lo estuviera viendo en la televisión.

Alejandra se sentó en una banqueta frente al antiguo artefacto, se puso cómoda y se concentró en ver a Nikolav, donde fuera que él se encontrase. Segundos más tarde, la imagen del vampiro comenzó a materializarse en el espejo

borrosamente, como si estuviera rodeado por una neblina. Poco a poco esta comenzó a aclararse, dejando distinguir la escena en su totalidad.

Alejandra contuvo su respiración al verlo. Se hallaba encadenado, tirado en el suelo de una estrecha celda. Se lo veía débil, más delgado. Pensó que seguramente no había sido alimentado en un largo tiempo. El ayuno debía ser parte del castigo. La celda era húmeda y oscura, tal como se la había imaginado, y por una pequeña ventanita en la pared se podía ver que el exterior era igualmente sombrío. Se podía distinguir un cielo sin estrellas, repleto de oscuridad.

Se preguntaba qué dimensión sería esta, se le ocurría pensar que debía ser una de las más bajas, una de las dimensiones en las que vivían las criaturas más crueles y viciosas, monstruos a los que hasta los vampiros les temían. No había preguntado mucho al respecto, pero sabía que los que allí había eran mucho peores que estos, y que los demonios mismos. Le daba miedo pensar que uno de esos engendros pudiera dañar a su Nikolav. Debía sacarlo de allí. Ese no era lugar para él.

Rápidamente, volvió a cubrir el espejo con su respectivo paño y descendió hasta el nivel del palacio en el que se encontraba su recámara. Pensaba quitar el cuadro de la pared y llevarlo nuevamente a la sala de pintura para modificarlo y hacer que reflejase de manera exacta el lugar que había visto, mas justo cuando iba a entrar a su habitación, Lilum venía subiendo las escaleras en dirección a ella. Su rostro demostraba que algo no estaba bien. ¿Habría descubierto lo que Alejandra había estado haciendo?

—¿Dónde estabas? —preguntó Lilum— Te he estado buscando por todas partes.

Era cierto, tras volver y no encontrar a Alejandra donde la había dejado, Lilum pensó que lo peor podría haber

ocurrido y que esta se había marchado sin previo aviso ni autorización. Sabía que no debía dejar que la futura reina se le escapase de las manos.

De a ratos, Lilum deseaba ser coronada reina... deseaba ser quien se quedase con Juliann al final. Después de todo, Alejandra no lo amaba, nunca lo haría. Pero ella... ella sí lo amaba. Podía resignarse a perderlo, pero su corazón siempre le pertenecería.

—Lo siento —contestó Alejandra, dándose cuenta de que su prima había estado genuinamente preocupada—. Subí hasta el cuarto de los espejos.

Alejandra prefirió no decir toda la verdad, considerando que tampoco podía mentir. No quería que Lilum supiera sus verdaderas intenciones. Ella le diría lo peligroso que era intentar ver a Nikolav en el plano donde se encontraba, sin importar en qué forma fuera, y aunque su prima no lo dijera, Alejandra sabía que lo que ella menos quería era que viese a Nikolav. Es más, parecía empeñada en hacer lo imposible para que se olvidara de él, para distraerla. Si bien el vampiro se había sacrificado por ella, Lilum recordaba aún las cosas que le había hecho y la sangre que había derramado, a pesar de que hubiera estado obedeciendo las órdenes de Siron. Definitivamente, nunca lo perdonaría ni se llevaría bien con él.

—¿Qué hacías en el cuarto de los espejos? —preguntó, tratando de mantener la calma. Presentía que Alejandra estaba planeando algo con lo que ella no estaría de acuerdo.

—Quise ver a Nikolav —respondió su prima—. ¿Qué daño hace verlo a través del espejo? Lilum suspiró y sacudió su cabeza.

—Alejandra, debes intentar olvidarte de él. Promételo —dijo con un tono lleno de seriedad.

—No puedo hacerlo —dijo Alejandra, cabizbaja—. Es mucho pedir, lo siento, Lilum... mi sangre de hada no evita